

La fiesta del oso

Jordi Soler



Extracto del capítulo I

Se sabe que el estallido de la primera bomba pasó a rastras, como un animal, por debajo de su catre y, que un instante después, se fragmentó en un estertor de luz que subió por las paredes y dibujó un relámpago en el techo. Se sabe que ese estallido, más los cuatro que siguieron, hicieron pensar a Oriol que sus esperanzas de abandonar ese catre con vida eran escasas. Se sabe también que un cuarto de hora más tarde Oriol ya había incluido ciertos matices en ese pensamiento negro: los bombardeos, según un nervioso cálculo que efectuó, tenían lugar en el puerto y él estaba en las afueras del pueblo, lejos, internado en un barracón que había sido habilitado como hospital, y no era difícil que un hospital despertara la piedad del enemigo. Se sabe que hacía varias semanas que cargaba esquiras de granada en una nalga y la herida, curada precariamente por un médico en pleno campo de batalla, se encontraba en un punto entre la infección galopante y la gangrena, un punto que daba para la fiebre permanente y el delirio, y que encajaba muy mal con el bombardeo, constituía algo así como el colmo de la desgracia, porque la guerra estaba perdida y él todo lo que deseaba era irse a Francia, ponerse a salvo de las represalias del ejército franquista que los bombardeaba desde el aire y por tierra venía pisándoles los talones. Quizá lo más fácil para Oriol hubiera sido agarrarse a su primer pensamiento, dar por hecho que sus posibilidades de sobrevivir eran escasas y simplemente rendirse, abandonarse, dejar de consumirse frente al futuro que era poco y parco, un futuro que probablemente no llegaría más allá de la siguiente bomba, y en todo caso hacerse ilusiones, acorralado como estaba por los estallidos y el resplandor colérico, era ocioso y torpe. Se sabe que Oriol, al ver que la guerra estaba perdida, había dejado a su mujer en Barcelona y que, buscando la manera de escapar de España, había ido con su hermano del tingo al tango hasta que, orillado por la gravedad creciente de su herida, había aceptado internarse en ese barracón donde convalecía con otros noventa y cinco soldados republicanos, postrados en catres como el suyo, o en el suelo, con diversas heridas y dolencias, algunos con miembros amputados, mancos, cojos, tuertos, un

desastroso batallón de soldados malheridos y moribundos. Se sabe que esos soldados casi no contaban con medicamentos, ni recibían de nadie la mínima conmiseración, y también se sabe que había un médico que hacía lo que podía y que después del primer bombardeo, de aquellos estertores de luz que trepaban por las paredes y sumían a los soldados en la desesperación, les prometió que un autobús iría por ellos y los conduciría a un hospital en Francia, donde estarían a salvo de las represalias y podrían recuperarse con el apoyo de una plantilla de médicos a la altura de su desgracia, un pelotón blanco, pulcro y sonriente que desde ese sanatorio improvisado e infecto parecía una alucinación. Se sabe que el médico que hizo esta promesa no era médico, sino enfermero de una clínica de Figueras y puede pensarse, en su descargo, para suavizar el número de víctimas que un doctor experimentado hubiera podido evitar, que tenía buenas intenciones y que su único empeño era el de ayudar y servir a esos hombres que, de otra forma, no hubieran contado ni con su medicina precaria, ni con la promesa del autobús que, entre un bombardeo y otro, les infundió cierta esperanza, les hizo vislumbrar un futuro más allá de los estallidos y del furioso resplandor. Quizá para Oriol hubiese sido más fácil agarrarse a su primer pensamiento, como dije, porque morir ahí mismo en ese catre, removido continuamente por la onda expansiva de las bombas que caían en Port de la Selva, hubiese sido lo normal, hubiese sido mucho menos difícil que seguir huyendo a Francia, porque además de la herida, que ya le hacía la vida imposible, eran los primeros días de febrero de 1939 y afuera del barracón, en esa intemperie que los aviones franquistas tenían sembrada de bombas, hacía un frío que él no se sentía capaz de remontar. Se sabe que Oriol tenía un par de coartadas emocionales que le impedían claudicar y rendirse, su mujer en Barcelona que lo quería vivo, y su hermano Arcadi que lo había dejado ahí porque ya no podía cargar con él y le había hecho prometer que haría un esfuerzo, que abordaría ese autobús que llegaría al día siguiente y que en unos cuantos días se reuniría con él del otro lado de la frontera. El proyecto del autobús,

como he sugerido unas líneas más arriba, debe haber levantado el ánimo de los heridos, de aquellos que podían comunicarse o siquiera entender lo que pasaba, porque había algunos que llevaban días sin abrir los ojos, estaban concentrados en el combate cuerpo a cuerpo contra la herida, la fractura, la putrefacción que amenazaba con comérselos vivos. Aunque es verdad que «levantar el ánimo» en aquel barracón de moribundos, donde los gemidos se mezclaban con el olor penetrante de los linimentos y con la pestilencia de la carne podrida y la gangrena, es una expresión desproporcionada; aquel autobús era, como mucho, la pieza que contenía el derrumbe. Se sabe que el día siguiente llegó con un silencio de muerte, los primeros rayos de sol, que entraron por los intersticios que había en las tablas del barracón, iban espesados por las toneladas de tierra que había levantado el bombardeo, eran, más que luz, una muestra, una laja, un corte transversal de aquel paisaje destruido; la suma, en suma, de lo que al final queda: el polvo. El médico nocturno se fue en cuanto irrumpieron en el barracón los primeros rayos espesos y conforme fue avanzando la mañana, los soldados heridos fueron sospechando que el médico de relevo no iba a llegar y, por más que no querían pensarlo, también pensaron en la posibilidad de que el autobús tampoco apareciera. Se sabe que cerca del mediodía un hombre con el uniforme parcialmente desgarrado y un aparatoso vendaje en la cabeza, forzó la puerta del consultorio con la ayuda de una muleta; alguien gritaba con una desesperación que estaba a punto de volverlo loco, a él y quizás a otros pero a esas horas y ante la demoledora certeza de que los habían abandonado, el barracón en pleno había caído en la abulia y el desánimo; quitado el autobús había sobrevenido el derrumbe y frente a la desesperanza general el dolor de uno no pasaba de ser un molesto runrún. Sin embargo este hombre que estaba menos hundido que los demás, le procuró al desesperado una inyección de morfina y después, apoyándose en la misma muleta con la que había violado la puerta, regresó al consultorio y se puso a manipular la radio y ahí se enteró de que la guerra se había perdido y confirmó que no habría médico de relevo, ni autobús para huir de España, ni pelotón blanco y pulcro que los esperara en Francia. Se sabe que el hombre del vendaje aparatoso y la muleta respondía al nombre de Rodrigo y que, precariamente encaramado en un poyete, contó lo que acababa de escuchar y propuso a aquella tribu abúlica que lo miraba desde el más allá,

un plan de escape a la frontera, un plan desesperado y de éxito improbable que buscaba siquiera evitar que los franquistas, que estaban por llegar a Port de la Selva, les echaran el guante o el cepo. El plan era una simpleza, consistía en subirse al camión de la Cruz Roja que estaba afuera del barracón y cuyas llaves había encontrado mientras revolvía cajones buscando la ampollita de morfina; las llaves eran un manojo tintineante que Rodrigo agitaba triunfal desde la cima del poyete, ante la contemplación escéptica de sus colegas heridos. Se sabe que a su plan se apuntaron unos veinte, entre ellos Oriol; el resto prefirió esperar la llegada del ejército enemigo, o quizá ni eso y ya no tenían energía para preferir nada, o ya ni se enteraban o estaban muertos. Se sabe que aquella veintena trágica se acomodó en el camión siguiendo una jerarquía espontánea, los más heridos, o los más cabrones, en los asientos y en las camillas, y el resto, según sus dolencias y su predisposición al viaje, de pie o acurrucados en el suelo. Oriol viajó medio sentado en una camilla, con el cuerpo apoyado en la nalga que no tenía esquirlas y cuidando que la herida, que no paraba de supurar, no fuera a rozar la pierna del que tenía al lado, porque le daba vergüenza mancharlo pero también porque no soportaba el dolor que le producía cualquier contacto, por mínimo que fuera. Su posición de privilegio dentro del camión escapaba a la jerarquía espontánea, obedecía exclusivamente a la casualidad, había caído ahí y ahí se había quedado a pesar de que no calificaba ni como herido muy grave y por supuesto como cabrón tampoco, porque Oriol, como muchos de los que huían a Francia en aquel camión, era un soldado accidental que había interrumpido su carrera de pianista para ir a la guerra, era un hombre normal, ni valiente ni cobarde, sin mucho talento para la aventura, medianamente fuerte y con una resistencia para el dolor y la desgracia que había ido descubriendo en el transcurso de la guerra. Quiero decir que Oriol, como muchos de los soldados que se habían enrolado voluntariamente en las filas republicanas, era un hombre que no tenía pasta de soldado, era músico, hijo de un periodista que también se había enrolado en la guerra y hermano de Arcadi que lo esperaba del otro lado de la frontera, mientras aguardaba el momento de regresar a España para terminar su carrera de abogado. Se sabe que Rodrigo pasó del poyete al volante y que, aun cuando llevaba una pierna gravemente herida y la cabeza cubierta con ese vendaje aparatoso, comenzó a improvisar una ruta rumbo a Francia. Aunque su objetivo

no estaba lejos, la circulación por las carreteras era imposible, había un atasco permanente donde convivían automóviles, camiones, autobuses, carretas tiradas por caballos o por bueyes, gente con su casa a cuestas tratando de irse de España con sus hijos y sus animales. Rodrigo había nacido en Besalú y conocía muy bien las faldas del Pirineo, así que improvisó una huida por caminos vecinales, una huida errática que pronto, en cuanto el paisaje comenzó a ganar altura, alcanzó la nieve. Se sabe que aquella huida fue una pesadilla para los pasajeros, que daban tumbos cada vez que las ruedas enfrenaban un bache, un camino empedrado o la brutalidad de los trayectos a campo traviesa, de los que hubo varios según se sabe y fue en uno de ellos, entre Beget y Rocabruna, ya en las faldas de la montaña, donde el camión cayó en una zanja que estaba disimulada bajo un manto de nieve, de la que sacarlo, con esa tropa que apenas podía tenerse en pie, era impensable. Los heridos fueron saliendo con dificultad del camión, el morro había quedado clavado en la zanja y había dejado la caja escorada, con el piso convertido en una pendiente, no sólo impracticable para algunos heridos, también había hecho que tres o cuatro rodaran y fueran a dar al fondo del camión. Se sabe que ayudándose unos a otros fueron saliendo y que una vez afuera trataban de hacer algo por los que no podían moverse, aunque también los hubo menos solidarios, algunos que inmediatamente echaban a andar montaña arriba, rumbo a la frontera o cuando menos lejos de sus camaradas moribundos, de los que preferían no saber nada. La guerra se había perdido y no habría ni represalias ni condecoraciones y todo quedaba relegado a la conciencia de cada soldado. Oriol era de los que habían conseguido salir por sus propias fuerzas y enseguida había entendido que lo decente era ayudar a los que no podían hacerlo, aun cuando al poner los pies en la nieve las piernas se le hundieron hasta las rodillas y comprendió que cada segundo invertido en el rescate de sus compañeros restaría sus posibilidades de llegar con vida a Francia. El frío que le subía desde las piernas más los gruesos copos que le caían encima y que iban calándole la ropa despiadadamente, magnificaron la fiebre que tenía y lo situaron en el averno de los castañeteos y las temblores, con una virulencia que apenas lo dejaba cooperar con las maniobras de rescate, y en todo caso que ayudara quien necesitaba desesperadamente ayuda era una anomalía, que el tuerto ayudara al ciego y el roto al descosido... ■